Ciberciudadanía:
una relación compleja entre el humano y la máquina

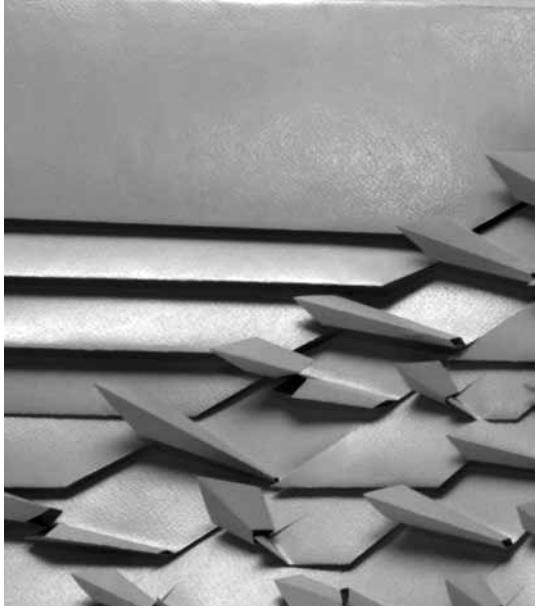
Henry Horacio Chaves Parra
Román Eduardo Castañeda Sepúlveda

Henry Horacio Chaves Parra (Colombia, 1967-v.)

Comunicador Social-Periodista, Especialista en Estudios Políticos y Magíster en Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Fue presidente de la junta directiva de Teleantioquia, gerente de Telemedellín, jefe de Comunicaciones de la Gobernación de Antioquia y del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia, jefe de Unimedios y coordinador de la Red Cultural de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín. Autor de algunos artículos y columnas periodísticas.

Román Eduardo Castañeda Sepúlveda (Colombia, 1956-v.)

Físico y Magíster en Física de la Universidad de Antioquia. Doctor en Ciencias Naturales de la Universidad Técnica de Berlín, Alemania. Profesor Titular de la Universidad Nacional de Colombia. Miembro de Número de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales. Autor de un libro, varios capítulos y más de cien artículos. Acreedor de los premios Obra Integral de un Científico, de la Academia de Ciencias, y Una Vida Dedicada a la Investigación, de la Alcaldía de Medellín.



Resumen

Desde la Revolución francesa, el concepto de ciudadanía se sustenta en valores como la libertad, la igualdad y la fraternidad, que definieron a seres humanos y sociedades diferentes a la relación súbdito-reino. Esos valores, enriquecidos, han dado lugar a nuevos conceptos filosóficos, políticos, sociales y jurídicos, que determinan la evolución de los estados democráticos y su identidad cultural. La Cátedra Saberes con Sabor, que la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín ofrece, abordó desde distintos ángulos la noción moderna de ciudadanía y el perfil ciudadano, mediados hoy por la conectividad, el ciberespacio y la inteligencia artificial, como lo plantearon los expertos en el tema Felipe Jaramillo Vélez y Andrés Arias Ramírez, desde puntos de vista a veces convergentes y a veces contrarios.

Palabras clave

Ciberciudadanía, cibercultura, globalización, inteligencia artificial, internet, sociedad, transhumanismo

Preámbulo

A la Universidad Nacional de Colombia le corresponde, misionalmente, "Formar ciudadanos libres y promover valores democráticos, de tolerancia y de compromiso con los deberes civiles y los derechos humanos", según indica su Estatuto General (Acuerdo 11 de 2005 del Consejo Superior Universitario), que también impone "formar profesionales e investigadores sobre una base científica, ética y humanística, dotándolos de una conciencia crítica que les permita actuar responsablemente frente a los requerimientos y las tendencias del mundo contemporáneo y liderar creativamente procesos de cambio". De allí que la Cátedra Saberes con Sabor, que desde hace más de seis años ofrece la Sede Medellín de manera abierta y gratuita y con el auspicio de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, motivara la discusión alrededor de la pregunta de si hay una sola manera de ejercer la ciudadanía y cuál es el papel o la responsabilidad de la formación universitaria en la construcción de un modelo de inserción en lo público y lo colectivo, que haga de los integrantes de la comunidad académica ciudadanos comprometidos con la sociedad, capaces de liderar y proponer soluciones a los profundos problemas de inequidad y marginalidad que nos agobian, sin menoscabar la idoneidad profesional de los egresados, sus competencias comunicativas, de actuación social y su apego al conjunto de valores concertados.

Hoy es inaceptable una noción de ciudanía que no declare la igualdad de condiciones, oportunidades y responsabilidades para todos, con independencia del género, del estatus social, de la condición económica, del color de la piel, de las creencias religiosas o políticas o cualquier elemento que defina una concepción de la vida. Sin duda, se ha ampliado la diversidad de significados en la categoría de ciudadanía, así como el espectro de modelos para caracterizarla. No obstante, sigue incumplida la promesa de participación activa y verdadera de todos los individuos en el sistema político y en la vida pública, a través del ejercicio pleno del conjunto de derechos y deberes que se derivan de la ciudadanía como construcción colectiva, y del acceso a los mecanismos de injerencia en el conjunto de normas, costumbres y valores que nos son comunes. Dicha participación activa y democrática es primordial para nutrir nuestro pensamiento en términos de pertenencia e identidad, con consideraciones ineludibles como el género, la sostenibilidad ambiental, la globalización y la conectividad, que marca el ejercicio actual de la ciudadanía.

En la sesión del 27 de noviembre del 2024, la Cátedra Saberes con Sabor abordó una de las facetas de mayor pertinencia en ese contexto, como es la relación entre ciudadanía y tecnología, con la pregunta: ¿Cómo ser ciudadano en el ciberespacio? Para discutirla, invitó a Felipe Jaramillo Vélez,[1] creador y CEO del movimiento Aún Humanos, y a Andrés Arias Ramírez,[2] actual gerente del Clúster Negocios Digitales de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia. A continuación, comentaremos los puntos más significativos de esa importante conversación sobre la compleja relación actual entre el humano y la máquina.

Ciudadanía digital

Hablar de ciudadanía en tiempos de cibercultura e inteligencia artificial (IA) implica, necesariamente, referirse a la condición digital que incluso nos impone una cédula digital como documento de identificación y relación con el Estado. Y, sin embargo, no se puede

[1] Comunicador, Doctor en Filosofía, Magíster en Filosofía y en Comunicación y Educación, y Especialista en Mercadeo Gerencial. Ha sido secretario de Comunicaciones en la Gobernación de Antioquia, director de Presencia Institucional del Departamento, gerente del Canal Universitario de Antioquia —Canal U—, director de la Unidad de Negocios y Central de Medios de Telemedellín, en donde también fue director de Planeación. Docente, investigador, ponente y conferencista internacional. En la actualidad, es vicerrector de Extensión en la Universidad de Medellín, en donde fue director del Centro de Producción de Televisión.

[2] Ingeniero electrónico y Magíster en Innovación del ITM de Monterrey, México. Tiene experiencia en el diseño, la dirección y ejecución de estrategias de alto impacto en diferentes sectores. Ha sido asesor y consultor en temas de emprendimiento y nuevos modelos de negocios basados en economías de conocimiento y tecnología. Fue el líder para Internet de las Cosas y *Smart Cities* en el Centro para la Cuarta Revolución de Colombia.

soslayar el hecho contundente de la asimetría que hay en el acceso y el manejo de las herramientas, la sensibilidad y la aproximación a lo digital. De allí que hablar de ciberciudadanos sigue siendo un enunciado no envolvente. Mientras para algunos la IA y el *big data* son moneda corriente de cambio, elementos base para la anticipación de tendencias y la toma de decisiones, para otros siguen siendo magia o promesas incumplidas. Sin contar con un sector de la sociedad, nada despreciable, para el que el tema ni siquiera existe.

Abriendo la conversación, Felipe Jaramillo planteó que "para poder tener una ciudadanía digital deberíamos contar con unos conocimientos muy básicos de lo que es la tecnología". Es muy generalizada la creencia de que disponemos de conocimientos avanzados al alcance de la población, pero esa es una percepción engañosa, ya que dependemos de asuntos tan elementales como la calidad de la señal, la memoria de las claves y el acceso a los aparatos mismos. En su concepto, vivimos en la prehistoria de una ciudadanía digital.

Andrés Arias respondió con un toque de humor a este planteamiento:

> Gracias a la tecnología hubiéramos podido reemplazar a Felipe con una IA que dijera algo parecido, más amable, sin sarcasmo, pero nos hubiéramos dado cuenta de que no era Felipe y que son asuntos como el sarcasmo y el chiste lo que nos sigue haciendo humanos a pesar de la tecnología.

Andrés reivindica la posibilidad de incursionar en asuntos como la identidad digital y la ciudadanía digital, de tener acceso pleno a la tecnología sin perder la condición de humanidad. Según su punto de vista, una suerte de ironía inherente a la tecnología constituye el nicho para lo propiamente humano; en efecto, la tecnología puede ser herramienta "para identificarnos, incluso, para romper barreras de relacionamiento social en la misma forma que nos aislamos con ella. Es allí donde empieza a hacer, digamos, énfasis, la necesidad de sentirnos más humanos".

Detrás de esa afirmación está el concepto de transhumanismo, un movimiento filosófico-tecnológico que propugna la superación de las limitaciones del ser humano en sus capacidades físicas o psíquicas, mediante la aplicación de avances tecnológicos. "¿Y qué tal pensar en Aún Humanos[3] pero humanos aumentados a través de la tecnología?", se pregunta Andrés Arias, a lo que Felipe Jaramillo replica que primero habría que definir qué significa "aumentados", porque según él, cuando el transhumanismo propone mejoras hay que preguntarse si realmente se está cambiando algo de manera positiva. Jaramillo recuerda el precepto griego de "*citus*, *altius*, *fortius*" que inspira las competencias olímpicas para llegar "más rápido, más alto, más fuerte", y dice "¿es que estamos disminuidos o qué entendemos por mejora?". Desde su experiencia, reconoce que su madre pudo vivir más y mejor gracias al desarrollo tecnológico del marcapasos, pero también recordó a la adolescente británica Danielle Bradshaw quien perdió una pierna en 2010 y luego pidió que le amputaran la otra para tener más opciones de ganar los Juegos Paralímpicos, al estilo de Óscar Pistorius. "Hay una contraposición: yo estoy tratando de darle más vida a mi mamá. Lo otro es cómo empiezo a hacer transformaciones en mi cuerpo para sobresalir frente a las otras personas o para ver más allá".

Para Andrés Arias esa dicotomía entre el humano y la máquina, o la tecnología, no es acertada. Está convencido de que estamos en un momento de transición "muy interesante porque no es ni hombre ni máquina en absoluta definición, sino que se están complementando, se están encontrando, como lo han hecho durante todo el transcurso del paso de la prehistoria a la historia". Una mirada posible claro está, pero Felipe Jaramillo recuerda la postura del chileno Humberto Maturana, según la cual los humanos somos seres autopoiéticos. Se refiere a los sistemas que presentan una red de operaciones o procesos que pueden crear o destruir elementos del mismo sistema, como una respuesta a alguna amenaza o perturbación del medio. "Yo creo que ya estamos pasando de *homo sapiens* a *homo machina*, al hombre máquina", sentencia Jaramillo.

[3] Se refiere al movimiento liderado por Felipe Jaramillo Vélez.

En cualquier caso, lo que muestran la fuerza de la historia y el ritmo de la ciencia es que el desarrollo tecnológico es imparable. Justamente, con base en lo que ha ocurrido con otros aspectos humanos, lo que cabe preguntarse es cómo se apropiará la tecnología, cómo se incorporarán diferentes elementos tecnológicos e informáticos, por ejemplo, al cuerpo humano, para resolver situaciones problemáticas o para potenciar capacidades y no para aumentar la inequidad.

Inteligencia artificial
o extensión de la inteligencia humana

Lo deseable, desde el punto de vista de la ética ciudadana, es que los adelantos ayuden a cerrar las brechas en lugar de aumentarlas. Que el desarrollo tecnológico sirva para garantizar el acceso a derechos y oportunidades, que libere tiempo para que los seres humanos potencien sus habilidades en la búsqueda de bienestar.

Parte del asunto pasa por entender que cuando se habla de IA nos referimos a un proceso tecnológico desarrollado y alimentado por los seres humanos, una herramienta, y, como tal, sus bondades están sujetas al uso que se les dé. En otras palabras, el problema no gravita en la tecnología, sino en la apropiación que hagamos de ella, como una extensión de la inteligencia y la capacidad humana, de manera que revierta en bienestar para todos.

Si la tecnología puede ayudarnos a liberar tiempo y a perfeccionar habilidades, es también probable que contribuya a desarrollar capacidades sociales, así como a fortalecer la democracia y el sistema de oportunidades. Dependerá, obviamente, de que los seres humanos construyamos las actitudes y las posturas adecuadas para democratizar el acceso a la tecnología, a los sistemas de información y a una batería de derechos y oportunidades. Los humanos decidirán si cobijar la tecnología con las condiciones de acceso para todos, en igualdad de condiciones.

Lo que está de fondo entonces es preguntarnos, como sociedad, cuál es el ser político que necesitamos desarrollar para que asegure la apropiación tecnológica sobre valores de solidaridad y justicia. De ello dependerá la relación entre el individuo y la tecnología misma. De allí que la definición del ser humano como productor, pero también como consumidor y usuario de la tecnología, plantee nuevos desafíos que lleven a reformular la configuración de los modelos de sociedad y ciudadanía que hasta ahora conocemos.

Las estructuras sociales, las aspiraciones de quienes comparten un determinado espacio en el tiempo y las actividades cotidianas que demanda el sostenimiento de los Estados están permanentemente en revisión y redefinición. Siempre aparece quién las desafíe y las ponga en juicio, quién ponga en duda su ritmo, su dirección y su futuro. No obstante, parece que, con la ayuda de la tecnología, la definición de esas estructuras podría tomar direcciones y dinámicas diferentes, aún no sospechadas. Una vez más, depende de cómo los seres humanos asuman su relación con esos desarrollos tecnológicos, porque hoy es posible prever, por ejemplo, tendencias de mercado mucho antes de que ocurran, así como identificar patrones de comportamiento que parecen ocultos. Más aún, no solo es posible anticiparse a esas tendencias, sino también crearlas, modelarlas, inducirlas, tanto en el mercado como en los sistemas políticos y en la configuración de las sociedades.

Las sociedades de la IA

Aunque parezca obvio, es bueno aclarar que cuando hablamos de IA no nos referimos a un robot con capacidad de hablar, pensar y decidir autónomamente, alguien que se disputa los escenarios de la vida pública con los seres humanos y se convierte en una amenaza para la sobrevivencia de la especie. Nos referimos a una herramienta que combina una gran cantidad de datos, con impacto potencial significativo en la toma de decisiones.

Para algunos estudiosos de la informática, la IA puede entenderse como inteligencia aumentada o extendida,

pero en el fondo "es esencialmente un sistema informático que reproduce la cognición humana utilizando datos de diversas fuentes para tomar decisiones y aprender de los patrones resultantes" (Hassani *et al.*, 2019, s. p.). Cada vez hay mayor capacidad para analizar cantidades enormes de datos e información en tiempo real, identificar las tendencias y definir estrategias con base en esa información resultante. "Dada la naturaleza altamente compleja del mundo moderno, los seres humanos buscan adaptarse a nuevas situaciones, lo que requiere de flujos de trabajo más rápidos y eficientes, flexibilidad y soluciones innovadoras" (Hassani *et al.*, 2019, s. p.). Está dejando de ser necesario mirar al pasado para plantear escenarios posibles a partir de las experiencias vividas, pues la tendencia actual apunta a predecir el futuro con base en la información disponible de manera inmediata. Ante la disponibilidad de verdaderas minas de información en tiempo real, la pregunta "¿Qué es lo que se está haciendo?" supera en pertinencia a la pregunta "¿Qué fue lo que se hizo?", redefiniendo de paso el nicho y el rol de la Historia en el desarrollo de las sociedades.

Ahora bien, está claro que la IA puede simular los comportamientos sociales y crear entornos virtuales que se le parezcan a partir de la imitación de las diferentes interacciones humanas. Incluso, no se puede descartar que pudieran crearse sociedades artificiales parecidas a las que conocemos. Pero en tanto la IA carece de conciencia propia, no es capaz de sentir emociones ni de tomar realmente decisiones de manera autónoma. Un asunto es imitar comportamientos y otro generar relaciones sociales.

De allí que sea imperativo darle a la IA el lugar que se merece como herramienta, un nicho desde el que ayude a potenciar, sin pretender reemplazar, las decisiones humanas. En consecuencia, el uso apropiado de la IA demanda una capacitación mayor por parte de los individuos, así como el desarrollo de nuevas habilidades para interpretar la información que ella produce y valorarla desde posturas éticas. Por ahora, la creatividad y el poder de decisión siguen siendo asuntos tan humanos como la intuición y los temores.

La velocidad como consideración ética

Felipe Jaramillo cree que aún si damos por cierto que el avance de la IA es imparable, en algunos asuntos debería ralentizarse por consideraciones éticas y para tener tiempo de asimilar conscientemente sus efectos. Se apoya en ejemplos como el de los avances alcanzados en la fusión nuclear como herramienta para generar energía de manera más rápida y económica, ambientalmente sustentable y llena de ventajas comparativas, hasta que se desarrolló la bomba atómica que destruyó las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki. Entonces fue preciso hacer un alto y evaluar, tomar decisiones y poner límites mediante la regulación.

Con ello, argumenta que es inaplazable abordar dos discusiones; una sobre "la relación del hombre con la naturaleza, y esa discusión la estamos dando porque atañe directamente al hombre y su bienestar, y otra que todavía no estamos dando y es cómo queremos que sea el relacionamiento del hombre con la máquina". Una reflexión que cree que no deberíamos aplazar dado lo trascendental que puede resultar y las implicaciones cotidianas que puede tener.

Adicionalmente, introduce el concepto de panóptico digital:

> fue Byung Chul Han quien ha forjado recientemente el término de panóptico digital, ampliando de esa manera el concepto de la sociedad de control de Foucault. Para ello modifica en primer término el panóptico de Bentham en varios puntos. En primer lugar, la mirada panóptica deja de ser perspectivista y centralizada. Ya no existe un ojo vigilante con la capacidad de mirar sin ser visto, mientras los moradores de las celdas se saben observados y sin posibilidad de comunicarse entre sí, en aislamiento. Estas características con las que identificamos al panóptico clásico han cambiado en el mundo 2.0, pero no su existencia, que se ha reforzado. La iluminación en el mundo digital viene de todos los puntos posibles, cada sujeto observa en calidad de guardián, y a su vez es observado. La vigilancia es cruzada y horizontal, ya no concentrada en un observador que detenta el poder

> merced a la transparencia de los prisioneros. Por estas características de cruzamiento e hipercomunicación, la vigilancia se ha hecho *ilimitada*. Los sujetos del panóptico de Bentham se sabían vigilados, mientras *los habitantes del panóptico digital se creen en libertad* (Ioskyn, 2015, p. 1).

Una sociedad que ya no solo consume información, sino que la produce y la comparte, muchas veces de manera desprevenida, en la que "cambiamos seguridad por vigilancia, por pérdida de libertad, por pérdida de autonomía, e inclusive de movimiento", afirma Jaramillo, y advierte que si llegara a colapsar internet "difícilmente los seres humanos tendríamos bienestar, y sí sentiríamos un retroceso tremendo. Careceríamos de acceso al dinero que guardamos en los bancos, a una cuenta de salud, que ya no depende de un carné, pues todo está en la nube", y va más allá en su apreciación: "inclusive, la palabra nube es muy pretenciosa para la tecnología, porque está allá arriba, donde está Dios".

Según José Ioskyn (2015):

> Los sujetos del panóptico digital colaboran de manera activa, a través de su necesidad de exhibicionismo y voyerismo. Ellos colaboran venciendo toda resistencia a mostrar su intimidad, ya que la necesidad de traspasar el muro de la vergüenza y exhibirse resulta necesaria a los fines de obtener valor. Este depende de la voluntad de exhibición. En las redes sociales resulta indispensable mostrarse en fotografías, comentar actos banales o importantes —es lo mismo, la cuestión es publicarse— o revelar alguna intimidad para despertar la atención (p. 1).

El asunto es que detrás de esas prácticas se tiende a la uniformidad y a la limitación de la acción individual, de la libertad, lo cual lleva a

> un totalitarismo nuevo, objeto de lo que llama la *psicopolítica*. Ya no se trata de la incidencia del poder en los cuerpos propia de la biopolítica, sino del moldeamiento de las actitudes, conductas, de la deformación de la moral, la conciencia, los valores y la intimidad (Ioskyn, 2015, p. 1).

Una sociedad pornográfica y exhibicionista, que exige y alimenta la exposición constante de la intimidad; en la que todo está a la vista y donde la privacidad tiende a desaparecer.

Andrés Arias llama la atención advirtiendo que, detrás de todo eso, hay seres humanos, por lo que no se puede magnificar el poder de la IA. El control no es un asunto etéreo, sino concreto, realizado por personas detrás de la tecnología. Y son esas personas las que imprimen los sesgos e imponen las condiciones, en una postura que denomina "tecno optimista", pues dice que la idea de ralentizar puede ser buena, pero también implica renunciar a progresos:

> Cuando usted ve avances para mejores diagnósticos en el ámbito médico, cuando ve intervenciones quirúrgicas apoyadas y aumentadas las capacidades de un médico a través de la IA y todo lo que implica la tecnología para no tener que hacer, digamos, operaciones invasivas, sino llegar al punto exacto; cuando vemos que a partir de la observación de la naturaleza están convergiendo diferentes tecnologías, que es lo que se denomina *deeptech* o tecnologías profundas, lo que es convergencia pura y genera bienestar, qué bueno sería intencionar ese bienestar rápidamente para contrarrestar con mayor fuerza lo negativo que se pueda dar.

Además de las ventajas y los avances que representa la tecnología en materia de salud o desarrollo biológico, viene mostrando beneficios en prácticamente todas las áreas de la vida cotidiana. Caso especial es el del acceso a la justicia, con desarrollos como el de "El juez inteligente", un sistema perfeccionado por el abogado Orión Vargas Vélez, que ha sido de buen recibo en varios países hispanoamericanos y que, a partir de la IA, emplea una base de conocimientos y un procedimiento de construcción de inferencias que agiliza la valoración de las pruebas, calculando el valor probatorio del conjunto de elementos técnicos y testimoniales que componen el acervo probatorio de un proceso judicial.

> El juez inteligente interactúa con un usuario (estudiante, profesor, abogado en ejercicio, juez o

> fiscal) a través de una Interfaz Gráfica de Usuario (GUI), y permite la construcción de inferencias, desde las pruebas hasta las pretensiones que son planteadas y alcanzadas por el usuario (Vargas, 2021, p. 5).

Una herramienta que, por un lado, se basa en la experiencia humana para facilitarle el trabajo a los administradores de justicia, pero, por otro, entrega datos, información, insumos para que sea el operador de justicia el que tome las decisiones.

Andrés Arias insiste en que no es la tecnología, sino el ser humano quien, con sus decisiones, ha propiciado tanto la construcción como la destrucción. La tecnología, dice:

> sirve para evaluar escenarios futuros y que usted, como ser humano, tome decisiones. Nos estamos basando en la misma tecnología para saber qué pasaría si con datos pasados y, obviamente, algo de manipulación desde la experticia en cada una de las áreas de conocimiento, se pueda ver el futuro, porque nos encanta que nos lean la mano y la bola de cristal, y ahora esa mano, esa bola de cristal están en un computador, están al alcance de un celular diciendo: estos son los escenarios posibles de acción.

Se abre entonces la posibilidad de usar la misma tecnología para advertir sobre sus peligros,

> para generar más conciencia, mayor apropiación y mayor entendimiento de las utilidades, pero también de las repercusiones que puede tener un mal uso de la tecnología, no solamente de un marco ético, porque éticos serían los pilares. O sea, ese es el tema si vamos a hablar de ética,

dice Arias, reconociendo que no todo es color de rosa en el uso de la tecnología.

Una vez más, la búsqueda obligatoria parece ser la del difícil equilibrio. Combinar la información y los análisis que arroja la IA con la supervisión y la experiencia humana para que las decisiones se ajusten al contexto, al bien común, a la garantía de derechos y el ejercicio pleno de la ciudadanía. Si los seres humanos imprimimos sesgos a la herramienta y al algoritmo, los datos que arroja estarán atravesados, de modo que cuanto más diversos, amplios y representativos sean los datos que lo alimentan, más variopintos serán los datos que nos devuelva.

Felipe Jaramillo plantea una nueva necesidad: determinar cuándo un objeto puede ser peligroso para el ser humano. Para ello, utiliza un ejemplo de comparación entre un dispositivo móvil tipo celular y un lapicero.

> Entonces me planteé tres conceptos muy sencillos. El primero es memoria, ¿tiene esto memoria? El lapicero no tiene memoria, pero en el celular hay cada vez más memoria. El segundo es, ¿tiene esto autonomía? De nuevo el lapicero no tiene autonomía, el celular sí. Memoria y autonomía, y cuando digo memoria no es solamente la capacidad de guardar información, sino de guardar, recuperar y cruzar información; el celular tiene la capacidad de guardar, recuperar y procesar información. Y cuando hablamos de autonomía, no es qué tan autónomo es el aparato, sino qué tan autónomo soy yo sin el aparato. Y el último es poder, y entonces uno dice: ¿esto tiene poder? ¿Cuántas cosas estoy resolviendo mediadas por un objeto técnico y ¿quién realmente está tomando la decisión?

Plantea entonces lo que llama el índice MAP (memoria, autonomía, poder) mediante el cual espera determinar el potencial de peligro que puede representar una herramienta para la humanidad.

Jaramillo recuerda que recientemente fue noticia la historia de un robot autor de un cuadro que fue vendido por 1,3 millones de dólares, a pesar de la promesa de que la tecnología no iba a alcanzar ni a la estética ni a la sensibilidad, "y ya alguien compró un cuadro que vendieron en subasta por 1,3 millones de dólares; entonces, uno dice, una de dos, o la máquina realmente se ha empezado a hacer sensitiva o el hombre ya dejó de ser sensitivo". Quizá la IA solo imitó con éxito una destreza humana que puede despertar emociones en otros humanos, como lo sugiere Andrés Arias al

insistir en que finalmente hubo un ser humano detrás del proceso, alguien que compró el cuadro por decisión propia.

En cualquier caso, con o sin procesos de ralentización, a mayor o menor velocidad, la toma de decisiones y la manera de relacionarnos en la sociedad ya está marcada por los algoritmos y la IA. Se impone entonces una reflexión permanente, una autorregulación en su uso y, ojalá, estrategias de manejo que nos permitan hacer las preguntas adecuadas para encontrar respuestas oportunas. Cada vez parece menos opcional y más necesario su uso y, en esa medida, el aseguramiento ético y responsable, así como el de la autonomía de los humanos será el resultado de la ciudadanía ejercida por cada usuario, porque como se ha dicho tantas veces, lo verdaderamente inteligente es la capacidad de adaptarse a los cambios.

A modo de conclusión

Desde el paleolítico, los seres humanos han desarrollado tecnología para su bienestar. ¿Por qué se han disparado alarmas con el actual desarrollo tecnológico denominado IA? En una sesión de la Cátedra Saberes con Sabor se adelantó un intenso diálogo, con los invitados Felipe Jaramillo Vélez y Andrés Arias Ramírez, alrededor de una faceta particular de esa problemática, que aborda el perfil y el rol a los que tiende el concepto de ciudadanía por injerencia de la IA.

Las posturas manifestadas en ese diálogo, a veces convergentes, pero más a menudo divergentes y siempre apoyadas en argumentaciones expertas, son un reflejo de la perplejidad y la incertidumbre que vivimos ante un fenómeno que nosotros estamos desarrollando, a una velocidad mayor que la de nuestra comprensión sobre sus implicaciones.

La tecnología nunca había puesto en cuestión la naturaleza misma del ser humano, al no influir de manera directa en sus mundos psicoemocional, simbólico y social. Ahora, ni siquiera el cuerpo de cada individuo, que para algunos es el territorio de soberanía personal, escapa a la intervención tecnológica, ya sea por la disminución creciente de su intimidad, por el aseguramiento de su salud física, o por la incorporación de dispositivos para potenciar su funcionamiento. Semejante simbiosis está dando cabida a nuevas concepciones como el transhumanismo, que valora de forma positiva la transformación del *homo sapiens* en *homo machina.* No obstante, la supuesta complementariedad entre el hombre y la máquina es revisada con escepticismo por quienes no comparten la visión transhumanista; un escepticismo que parece gravitar sobre la noción fundamental de autonomía del ser humano.

La velocidad de desarrollo de la tecnología indica que el conocimiento científico y tecnológico ha alcanzado una comprensión profunda, versátil y eficaz de la máquina que parece superar los aportes de las ciencias humanas y sociales a la comprensión del ser humano. Hoy en día pareciera que entendemos mejor a la máquina que al humano, por lo que aún no tenemos una respuesta contundente a la pregunta sobre el ser político que se requiere para asegurar la apropiación tecnológica sobre valores de solidaridad y justicia. Una pregunta que atañe directamente al sistema educativo y, en particular, a las universidades, cuyo compromiso explícito es con la formación de ciudadanos libres y comprometidos con los deberes civiles y los derechos humanos. Sin duda, urge una nueva definición del ser humano como productor, pero también como consumidor y usuario de la tecnología; urge discutir, en el contexto actual, el relacionamiento del hombre con la máquina para reformular la configuración de los modelos de sociedad y ciudadanía que hasta ahora conocemos, manteniendo la búsqueda del bien común y del bienestar individual.

El debate está abierto y debe adelantarse en todos los escenarios posibles, buscando de manera perentoria la comprensión de ese difícil equilibrio que llene de bienestar el significado de la noción de ciberciudadanía, a la que inevitablemente tendemos.

Referencias

Hassani1, H., Silva, E. S., Unger, S. y Feely, M. T. (2019). *Inteligencia artificial (IA) o inteligencia aumentada (IA): ¿cuál es el futuro?* https://www.mdpi.com/2673-2688/1/2/8.

Ioskyn, J. (junio de 2015). *Revista Virtualia*. https://www.revistavirtualia.com/storage/articulos/pdf/.

Vargas, O. (2021). Juez inteligente. Sistema experto que asiste al juez en la valoración de la prueba judicial. *Derecho & Sociedad*, (57), 1-24.